



Juegos, afectos y militancia

El Taller de la Amistad y las experiencias de hijos de víctimas del terrorismo de Estado

Daniela Pighin

Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (UNLP - Conicet), Universidad Nacional de La Plata, Argentina
dpighin@campus.ungs.edu.ar

Recepción: 04 de septiembre de 2025

Aprobación: 28 de octubre de 2025

Publicación: 10 de diciembre de 2025

Resumen

El presente artículo está centrado en la experiencia del Taller de la Amistad, un espacio impulsado por militantes humanitarios y políticos de La Plata para el acompañamiento emocional de hijos de víctimas del terrorismo de Estado durante la posdictadura. A través de un trabajo que se nutre, principalmente, de testimonios, el análisis aquí presentado reconstruye el funcionamiento del Taller como un proyecto amoroso y político destinado a la contención de las infancias represaliadas. A su vez, el trabajo recorre las experiencias de los niños como sujetos activos que tejieron lazos afectivos, resignificaron sus experiencias y construyeron su propia identidad. El análisis del Taller demuestra que los niños fueron víctimas directas del terrorismo de Estado, pero también sujetos sociales e históricos que tejieron lazos emocionales, identitarios y políticos a partir de esta experiencia.

Palabras clave: Taller de la Amistad, Hijos de Represaliados, Posdictadura, Agencia, Memorias

Play, affects, and militancy

The Taller de la Amistad and the experience of sons and daughters of victims of State terrorism

Abstract

This article focuses on the experience of the Taller de la Amistad, a space created by humanitarian and political activists in La Plata. The workshop provided emotional support for children of victims of state terrorism during the post-dictatorship period.

Based on testimonials, this analysis reconstructs the workshop's function as a loving and political project designed to support these children. The article also explores the experiences of the children as active participants who formed emotional bonds, gave new meaning to their experiences, and built their own identities.

The analysis of the workshop shows that while the children were direct victims of state terrorism, they were also social and historical agents who, through this shared experience, wove together emotional, identity-based, and political connections.

Keywords: Taller de la Amistad, Children of the Repressed, Post-dictatorship, Agency, Memories

El Taller de la Amistad: una introducción

Diversas investigaciones han demostrado que las infancias y adolescencias fueron un blanco central del objetivo reorganizador de la última dictadura militar. Estas producciones asumen la existencia de un sesgo generacional en la violencia represiva del régimen y reflexionan en torno a las experiencias de violencia directa sobre niños y adolescentes (Schindel, 2005; Villalta, 2012; Llobet, 2016; Basile, 2019; Laino Sanchis, 2023). En línea con estas investigaciones, el presente artículo profundiza en un caso particular: el del Taller de la Amistad de

la ciudad de La Plata.¹ A partir de su estudio, se analizan las experiencias de niños y jóvenes como sujetos sociales e históricos dentro de la trama represiva, y al mismo tiempo, se exploran sus vínculos con el activismo de derechos humanos y con las experiencias militantes en la posdictadura.

El Taller de la Amistad fue un espacio de contención afectiva organizado a inicios de la década de los ochenta por un grupo de familiares de víctimas del terrorismo de Estado y de ex militantes setentistas que participaban en distintas organizaciones humanitarias platenses.² Dicho proyecto tuvo como objetivo acompañar afectiva y emocionalmente a hijos de militantes afectados por la represión estatal bajo el terrorismo de Estado. El acompañamiento y asistencia a los niños se sostuvo con encuentros semanales enfocados en las infancias que, con diversas transformaciones, se extendieron hasta 1993. Este largo recorrido permite distinguir tres etapas distintas: la de la “colonia”, en la que se produjeron las primeras actividades aún en contexto dictatorial; la etapa en la casa de la calle 59, ya en democracia, cuando se produjo la institucionalización de la experiencia y, entre sus organizadores, se destacó la presencia de miembros de Familiares de Desaparecidos y Detenidos por Razones Políticas y Gremiales; y una tercera etapa, hacia finales de los años ochenta, en la que el Taller experimentó un viraje hacia el trabajo territorial y se tornó una experiencia de intervención barrial para las infancias. El principal aporte de esta investigación es demostrar que el Taller de la Amistad funcionó como un proyecto amoroso y político, ocupando un rol clave para el encuentro entre hijos de víctimas del terrorismo de Estado. Esto revela que la respuesta social al terrorismo tuvo una dimensión íntima y comunitaria y que el Taller, más allá de ser un ámbito de contención, se consolidó como una comunidad afectiva de memoria (Fried, 2016). Allí, la posibilidad de compartir experiencias facilitó la formación de lazos interpersonales y contribuyó a la construcción de una identidad colectiva. El Taller visibiliza, además, un ámbito de vinculación entre estos niños y jóvenes –hijos de desaparecidos, asesinados, presos políticos y exiliados– preexistente a la constitución de H.I.J.O.S. (Hijos e Hijas por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio), la organización de derechos humanos propia de su generación. En la ciudad de La Plata, esta sociabilidad temprana se produjo a partir de un proyecto organizado por familiares, compañeros de militancia de los represaliados y sobrevivientes del terror estatal. Este

1 El presente trabajo se inscribe en la misma línea de investigación y retoma el referente empírico de otro artículo previamente publicado en la revista *Aletheia* (Pighin, 2025). Para reforzar el carácter original de esta nueva versión, se han introducido ampliaciones analíticas y temporales que diferencian y profundizan el argumento central. Mientras que el trabajo mencionado se centraba en el Taller como un proyecto de cuidado colectivo y en su propuesta emocional-pedagógica, la versión actual se focaliza en las experiencias de los niños como sujetos activos (agentes) que tejieron lazos afectivos, resignificaron el trauma y construyeron su propia identidad.

2 Me refiero a ex militantes de partidos de izquierda (comunistas, trotskistas, maoístas) y sobrevivientes de organizaciones de la izquierda armada de las décadas de 1970. Para estos exmilitantes y sobrevivientes, participar en el Taller de la Amistad fue una forma de reinserción militante y de recuperar su identidad política.

ambiente no solo actuó como un lugar de encuentro, sino que también se consolidó como un ámbito de agencia, evidenciado en la autogestión de actividades y en la intervención en iniciativas sociocomunitarias. En definitiva, esta experiencia temprana de sociabilidad y agencia funcionó como un antecedente clave para la militancia posterior de dicha generación. Luciano Alonso (2016) sostiene que, para entender a H.I.J.O.S. como un agente movilizador, es crucial considerar que la agrupación se inscribió en una genealogía y en una tradición de resistencias. Esto se debe a que surgió de una generación directamente afectada por el terrorismo de Estado, donde muchos hijos de represaliados ya tenían experiencia previa en otras organizaciones de derechos humanos o participaban en actividades políticas y humanitarias. Es en ese entramado de instancias de sociabilidad y movilización entre hijos de víctimas de la represión donde se puede enmarcar el proyecto del Taller de la Amistad.

Teniendo en cuenta lo mencionado anteriormente, el presente escrito reconstruye las características que adquirió la sociabilidad entre los niños dentro del Taller y examina de qué manera dicha interacción fue un espacio de agencia que les permitió resignificar sus experiencias, forjar lazos afectivos y participar activamente en la vida sociocomunitaria. A partir de un abordaje sustentado principalmente en testimonios, el análisis recupera el modo en que el Taller funcionó como una iniciativa amorosa y política, orientada a brindar contención y acompañamiento a las infancias represaliadas.³

Jugar y sentir para recordar: la memoria en el Taller de la Amistad

Las actividades del Taller de la Amistad comenzaron en un contexto dictatorial, a partir de encuentros itinerantes organizados por un grupo de mujeres que integraban Madres de Plaza de Mayo-La Plata y por un grupo de jóvenes que las acompañaban con tareas de apoyo y que participaba en diferentes espacios del movimiento humanitario local, por ejemplo, en la APDH (Asamblea Permanente por los Derechos Humanos), en el MEDH (Movimiento Ecuaménico por los Derechos Humanos) y en Familiares-La Plata. Los inicios del Taller se desarrollaron en un escenario hostil para las víctimas del terrorismo de Estado y sus familiares dado que los derechos humanos y el reclamo por los desaparecidos no formaban parte del discurso público legitimado (Franco, 2015). En ese marco, este grupo de actores decidió organizar encuentros con los niños con el objetivo de acompañarlos en el clima doloroso generado por la experiencia represiva. En gran medida, los chicos que participaron del espacio tenían conocimiento de lo ocurrido con sus padres y transitaban una situación límite que los enfrentaba a nuevos códigos y formas de pertenencia.

3 Entre 2018 y 2022, realicé 18 entrevistas que abordan las memorias de organizadores, talleristas, profesionales y de hijos de víctimas del terrorismo de Estado que participaron del Taller de la Amistad.

Los encuentros iniciales del Taller fueron itinerantes⁴ a través de actividades recreativas y de sociabilidad: encuentros lúdicos, festejos de cumpleaños o alguna actividad pensada específicamente para los niños. De acuerdo con Ana Sabio,⁵ una de sus organizadoras, los encuentros no siempre tenían un itinerario de actividades establecido:

A veces simplemente era decir “bueno, vamos a tratar de juntarnos todos en tal plaza y jugar”. Después fueron surgiendo ideas: alguien conocía un lugar, o alguien podía hacer una función de títeres o una función de payasos. Siempre había algún compañero que andaba en la vuelta, haciendo ese tipo de cosas y al que podíamos recurrir [...]. Cuando nos podíamos organizar, nos juntábamos en algún lugar a tomar la leche, hacer un picnic, llevábamos canastitas, todo (de Bonafini, 2022, p. 98).

Asimismo, Ethel Ricetti (Comunicación personal, 2021),⁶ otra de las impulsoras del espacio, agregó:

Nadie tenía una visión de lo que iba a suceder, sino que [las cosas] iban ocurriendo a medida que íbamos caminando, transitando. Veíamos las necesidades de los chicos que por ahí necesitaban a gente joven para estar cerca, que las abuelas los tenían demasiado encerrados por temor y ellos por ahí necesitaban vincularse con otros chicos, tener otras experiencias, hablar con otros chicos que tuvieran la misma experiencia que ellos.

Esta organización itinerante que caracterizó al Taller durante sus primeros años es recordada por sus protagonistas como la etapa de la “colonia”, dado que durante el verano de 1982 se realizaron encuentros dos o tres veces por semana en la casa quinta que una de las madres que integraban Madres-La Plata tenía en la localidad de José Hernández. Allí realizaban actividades al aire libre como las que tradicionalmente se asocian a las colonias de vacaciones. Los familiares más jóvenes se encargaban de generar el espacio de recreación y sociabilidad entre los niños y las Madres se encargaban de la logística.

4 Recién a partir de 1984 tendrían una periodicidad semanal.

5 Militante exiliada en Suecia e impulsora del Grupo de Apoyo a Madres de Plaza de Mayo en ese país. Antes de su exilio, y tras la desaparición de su compañero, Ana formó parte del grupo de apoyo a Madres.

6 Ethel Ricetti formó parte del Taller desde sus primeros encuentros, al mismo tiempo que desarrollaba su militancia en Familiares La Plata. Es hermana de Ariel Ricetti, detenido-desaparecido en 1978, e hija de Edna Copparoni de Ricetti, activista histórica del movimiento de derechos humanos platense.

A partir de 1984 estos encuentros lograron un mayor grado de organización.⁷ Para ese momento, se alquiló una casa en la calle 59, entre 14 y 15, de la ciudad de La Plata.⁸ Se trataba de una casa “chorizo”, con patio y galería, que albergó los encuentros que comenzaron a realizarse cada sábado y que se sostuvieron de manera continua hasta 1988.⁹ A lo largo de esos años llegaron a asistir alrededor de 100 niños. En algunos casos no tuvieron continuidad o se acercaron en momentos específicos, mientras que otros mantuvieron una regularidad por tener un vínculo más cercano con organizadores y talleristas.

Es importante destacar que, a partir de ese momento, la experiencia del Taller se enmarcó en un proyecto más amplio impulsado por la Federación Latinoamericana de Asociaciones de Familiares de Detenidos-Desaparecidos (FEDEFAM) para la contención de los represaliados y sus familiares. En ese contexto, y de manera contemporánea al Taller de la Amistad, se pusieron en funcionamiento otros talleres de apoyo para hijos de detenidos-desaparecidos que funcionaron en diferentes puntos del país con el objetivo de abordar el problema de la represión desde el plano jurídico, médico-psicológico y desde diferentes tareas de solidaridad (Oviedo y Solís, 2006; Puttini, 2020). Por ejemplo, el Taller Julio Cortázar de Córdoba, el Há-bía Una Vez de Rosario, el Taller Inti Huasi de Santiago del Estero, el espacio de la Parroquia Nuestra Señora de los Remedios, en el barrio porteño de Mataderos, y el Taller para niños afectados por el terrorismo de Estado de la localidad bonaerense de La Matanza. Estos talleres no funcionaron como experiencias aisladas, sino que mantuvieron una vinculación en el plano organizativo y compartían una matriz común sobre cómo pensar políticamente el proyecto de apoyo a los niños. Esta articulación se sostuvo gracias a los lazos preexistentes del activismo humanitario (organismos de derechos humanos, familiares y militantes de base) que impulsaba estas iniciativas. En consecuencia, se gestó una red de apoyo mutuo que se materializó en encuentros comunes, intertalleres, realizados en diversas oportunidades, lo que les permitió a los niños y jóvenes trascender sus límites geográficos y reforzar la identidad colectiva en un sentido más amplio.

7 Durante 1983 se dieron los primeros pasos en este camino de mayor regularidad con la organización de encuentros entre los niños en la guardería Burbujas. Dicha guardería fue un proyecto de reinserción laboral para ex presos y exiliados, financiado por el MEDH. Durante los días de semana, este proyecto permitía que los ex presos políticos pudieran autogestionar un espacio de trabajo y los sábados ofrecía un lugar de reunión para los encuentros con hijos de militantes represaliados. La guardería estuvo a cargo de ex militantes setentistas y sobrevivientes del terror estatal como Perla Diez y Eduardo “el sapo” Schasposnik.

8 Los fondos destinados al alquiler de la vivienda llegaban al Taller a través del MEDH, de la organización no gubernamental “Save the childrens” y del Comité para la Defensa de la Salud, la Ética y los Derechos Humanos (CODESEDH).

9 A partir de 1988 el Taller comenzó a funcionar en una nueva vivienda ubicada en la calle 69, entre 120 y 121, de la ciudad de La Plata. Posteriormente, las/os organizadores del espacio adquirieron un terreno en Villa Progreso, localidad de Berisso, donde se realizaron los encuentros hasta 1993.

De acuerdo con los testimonios, la dinámica de cada sábado en el Taller incluía dibujo, títeres y aeromodelismo; actividades deportivas y lúdicas; talleres de teatro y de expresión corporal; así como actividades de apoyo escolar. También se generaban espacios para la circulación de la palabra entre adultos y niños. Por la tarde, se tomaba la merienda y se iniciaba el recorrido para llevar a sus casas a los chicos que se acercaban al Taller, en los autos que ponían a disposición los organizadores. Esta dinámica semanal no era casual; en ella se reflejan las estrategias que los organizadores desarrollaron para el funcionamiento del espacio y la manera en que esas experiencias fueron significativas para los niños.

Uno de los principales pilares detrás de esta dinámica era que los encuentros permitieran “devolverle la infancia” a los hijos de las víctimas del terrorismo de Estado y construir con ellos una relación afectiva incentivadora. Se buscaba generar un ambiente donde el afecto fuera primordial y se priorizara la participación activa de los niños en juegos y actividades recreativas. En este sentido, el Taller era un espacio de contención que buscaba:

Devolver el juego, devolver un poco la infancia, porque también éramos chicos que en algún punto tuvimos que madurar muy de golpe. Por más que teníamos 6, 7, 8 años, en lo emocional, en la forma de vincularnos, de relacionarnos con el afuera, había algo de dar un salto, de estar parado en otro lado, aunque no lo quisieras (C. Moura, comunicación personal, octubre de 2018).¹⁰

En ese contexto, los afectos ocuparon un lugar central en la experiencia. La reflexión que aportó Ana Schaposnik (Comunicación personal, 2022),¹¹ quien participó del Taller durante su infancia, ilumina muy bien este punto:

Veíamos a los talleristas como si fueran nuestra familia. Establecimos un vínculo muy estrecho con ellos, de mucho cariño, mucha contención, mucho afecto, muchísimo afecto. Eso fue lo más fuerte y lo más lindo. Mucho afecto, era lo que no faltaba [...]. El contacto físico, los abrazos, besos. No sé si pasa en otros ámbitos. Yo conozco ese de niña, no sé si en otros ámbitos hay tanto de esa cosa de apapacho. Perla siempre me contaba eso, que rescataba esas sensaciones. Y yo también. Me acuerdo que íbamos de a cinco a subirnos a caballito de uno y lo volvíamos loco y estábamos horas colgados de los brazos de uno. Eso bien de familia que lo haces con tus sobrinos, con tus hijos. Eso era: trasladar ese sentimiento familiar, esa ayuda, esa contención que lo

10 Clarisa Moura es hija de Perla Diez y de Jorge Moura, secuestrado y desaparecido desde marzo de 1977.

11 Ana Schaposnik es trabajadora estatal del área de Turismo de la provincia de Buenos Aires. Es hija de Eduardo “el sapo” Schaposnik (preso político hasta 1982) y de Diana Conde (detenida-desaparecida desde marzo de 1978).

haces con tu familia, con otra gente que no es tu familia. El abrazo, el contacto físico contiene y ayuda un montón. Éramos muy *abraceros*, vivíamos abrazándonos todos con todos. Desde ese lugar de afecto.

Al respecto Damián Perego, quien también formó parte del grupo de niños del espacio, evocó:

Yo no sé si hubiese tenido un poco de la infancia corta y rápida que tuve porque me hice cargo de un montón de cosas muy temprano, pero ese pedazo de niñez que tuve, la tuve con el Taller. Tuve muchos amigos, hermanos y hermanas, tuve mucho calor (Mobili, 2018).

Clarisa Moura (Comunicación personal, octubre de 2018), hija de represaliados, sostuvo algo similar al mencionar:

Yo creo que el Taller nos salvó a muchos, de verdad, considero que fue una especie de salvavidas y, en gran medida creo que fue un lugar que quería o pretendía devolver un poco de infancia. Esto del juego, de que fuera un espacio divertido. No es que estábamos todo el tiempo hablando. Al contrario, la mayoría del tiempo era como muy divertido estar en el Taller. Tenías a tus superamigos, entonces arma mucha pertenencia, esperabas mucho ir a Taller. El sábado era el día del Taller. No había otra cosa, durante años, todos los sábados era ir al Taller.

Las palabras de Cristian Tauil (Comunicación personal, abril de 2021),¹² quien se sumó a la experiencia en su adolescencia, también permiten reflexionar al respecto:

El lugar del afecto fue la piedra basal. Debe ser por eso que yo con mis hijas leí todos los [libros de] Harry Potter y vi todas las películas. A mis hijas les gustó mucho esa saga porque, en algún punto, Harry aprendía que la diferencia de él con el malo, con Voldemort, es que él había sobrevivido gracias al amor de su madre y de su padre. Nosotros también fuimos sobrevivientes gracias al amor de nuestros padres [...], sobrevivimos gracias a eso, nos convertimos en hombres y mujeres gracias a eso.

Además de ser un espacio de contención y afecto, las actividades propuestas en el marco del Taller también tenían como objetivo construir relaciones y proponer actividades que se sostuvieran a largo plazo. En un contexto donde lo habitual era la privatización del daño y del dolor y la presencia del silencio, el Taller fue experimentado como un espacio de contención y de

12 Cristian Tauil es hijo de Roberto Tauil, trabajador de la fábrica Warco Química, delegado gremial y con militancia política en el Partido Revolucionario de los Trabajadores. Roberto fue secuestrado en octubre de 1976 en su casa ubicada en el Talar de Pacheco.

construcción de relaciones socializantes. Perla Diez (Comunicación personal, 2019),¹³ una de las principales referentes del proyecto, mencionó que asistir al Taller colaboró en la reconstrucción de las relaciones filiales con sus hijas dado que ella estuvo varios años en prisión durante la primera infancia de las niñas:

A mí me hace muy bien porque me liga socialmente, me ayuda a revincularme con las nenas, nos habían separado a los diez meses [...] porque por ahí yo jugaba, que me hacía rebién, pero por ahí había otros adultos que colaboraban en esta revinculación mía.

De esta manera, su sostenimiento en el tiempo es evaluado positivamente en tanto favoreció el desarrollo de relaciones, diálogos y experiencias colectivas a largo plazo. Como menciona Perla: “Esa continuidad, a mí me parece que estuvo interesante [...], era una demostración de que se puede continuar a pesar de que a uno le sacaron lo más importante, era una cosa vitalmente fuertísima” (Mobili, 2018).

En segundo lugar, otro elemento a destacar del proyecto del Taller de la Amistad se vincula a que era pensado como un ámbito para la recuperación de la palabra. Por un lado, los hijos de las víctimas del terror estatal tenían muchas dificultades para la sociabilidad. En general, no compartían sus experiencias debido al temor al rechazo y al resguardo al que se ceñían los familiares de los militantes políticos. En este sentido, sus percepciones en torno a lo que allí sucedía indican que el Taller generaba ámbitos donde tenían la posibilidad de hablar y donde existía el régimen de escucha que los habilitaba a moverse con naturalidad, sobre todo para quienes afrontaban mayores dificultades para abrir su historia familiar. Devolver la espontaneidad a las conversaciones, desestructurarlos de los problemas que atravesaban y permitirles soltura, parecen haber sido logros del espacio. Como menciona Ernesto Mobili (Comunicación personal, diciembre de 2018), quien recibió el apoyo del Taller desde sus inicios:

cuando vos podés hablar de algo, hablar de, qué sé yo, de cómo cosechar tomates o de cómo se llama tu perro sin tener que estar con ese filtro de “a ver si meto la pata, a ver si digo algo que no tengo que decir”, es superliberador.

Vinculado a ello, el Taller es interpretado por los testimoniantes como un proyecto donde los niños tenían agencia frente a los procesos de normalización que se les exigían en otros ámbitos en los que cotidianamente se movían. En relación con ello, los organizadores del espacio apelaban a que el Taller fuera un espacio para:

ayudarlos a transformarse en partícipes activos de lo que les rodea, [a] reelaborar su doloroso pasado, no olvidándolo ni silenciándolo, sino transformándolo para una mejor preservación del yo y una buena inserción en la realidad [...]. Qué pase luego en cada

13 Perla fue una de las figuras centrales en la organización y puesta en funcionamiento del Taller. Fue presa política desde febrero de 1975 hasta abril de 1982. Al salir en libertad, militó en Familiares y finalizó sus estudios de Psicología.

uno de ellos con estos sentimientos posiblemente ha de depender de cuáles sean sus estructuras psíquicas, su historia previa, lo traumático y cuáles sean las posibilidades que la sociedad y su entorno inmediato le brinden para reparar todo su dolor. Esta es una de las tareas del Taller (Documento interno del Taller de la Amistad, 1988).

En ese marco de objetivos, los entrevistados recordaron diferentes experiencias que los incitaban a debatir y argumentar, convirtiéndolos en participantes activos de las decisiones del Taller.

Por otro lado, la recuperación de la palabra también adquiría relevancia para los adultos que criaban a estos niños. Las familias que se acercaban al Taller vivían situaciones de incertidumbre y temor ante la desaparición de sus familiares. Estas emociones no solo respondían a la ausencia de información sobre los detenidos-desaparecidos, sino también a cómo transitar dicha situación con los niños. En ese sentido, desde el Taller se apuntaba a construir momentos para circular la palabra colectivamente, para construir “un ámbito de refugio ante el terror que estaba imperando en la sociedad, y en particular en esos grupos familiares” (Norberto Liwski, comunicación personal virtual, octubre de 2020) y para que “colectivamente se resolvieran temas que iban desde la transmisión de la verdad hasta los trámites legales de las familias” (Documento interno del Taller de la Amistad, 1986).

Se trataba de crear situaciones de acompañamiento y confianza para las familias dado que el conjunto de acciones y prácticas de militancia de las organizaciones de derechos humanos no habían sido asumidas de manera automática por todos los familiares de los afectados por la represión dictatorial. De hecho, muchas familias –víctimas de la desaparición forzada– no participaban del activismo humanitario. Por ello, este punto de apoyo, y de alguna manera terapéutico, se consideraba necesario para la tarea de crianza de los niños. Con el objetivo de “recuperar la palabra” los diferentes talleres que funcionaban en el país realizaban encuentros intertalleres y asambleas de familiares para construir espacios de diálogo que eran coordinados por “profesionales que no venían de circuitos psicoanalíticos de consultorio, [sino que] habían reconocido la combinación entre el campo psicosocial y el campo pedagógico liberador” (N. Liwski, comunicación personal virtual, octubre de 2020).

Estos espacios de circulación de la palabra y de la información también fueron rescatados en los testimonios. Por ejemplo, Felipe Bellingeri, quien formó parte del grupo de niños del proyecto, mencionó que:

El Taller fue una experiencia muy rica porque aprendí un montón de ejercicios de confianza. Tener confianza en el otro, empezar a charlar cuestiones que, en otro lugar, por la misma dinámica de la clandestinidad que nos tocó vivir, no podíamos charlar [...], todas esas respuestas las encontré en el Taller. La primera información real que nosotros tenemos de que nuestros padres podrían estar muertos es en el Taller de la Amistad (Mobili, 2018).

Por último, la experiencia del Taller de la Amistad también se nutrió de construcciones conceptuales que, aunque surgieron de la vivencia de los propios actores, se desarrollaron en diálogo con saberes especializados. Si bien el Taller no estaba atravesado constantemente por discusiones académicas, y la idea de compartir tiempo y afecto estructuraba gran parte de los sentidos que allí se gestaban, la necesidad de acompañar a las familias en el proceso de crianza de los niños llevó a sus organizadores a recurrir a un equipo de trabajo multidisciplinario. Este recurso a la formalización no radicó únicamente en la espontaneidad solidaria, sino que constituyó una de las formas de acción adoptadas por el movimiento de derechos humanos para abordar las vivencias traumáticas con un fuerte compromiso político. Al respecto, Bettina Priotti (Comunicación personal, junio de 2021),¹⁴ protagonista en la creación y desarrollo del Taller, recordó:

Había una abuela, me acuerdo, que les había dicho que [el padre] se había ido a trabajar a África. No sabía cómo deshacer eso y volver para atrás y contar. Para eso también incorporamos psicólogos. Fuimos buscando otra gente solidaria que también estuviera capacitada, sensibilizada porque también eran pibes que, en sus espacios de socialización, en la escuela, no tenían muchas oportunidades en esos espacios, de hablar, o de contar lo que sentían.

De esta manera, para la experiencia también resultó central revisar saberes especializados en torno a la psicología, la psiquiatría, la pedagogía y el derecho; así como el vínculo con especialistas en esas áreas. Si bien en sus inicios las reuniones y actividades planteadas respondieron a criterios poco institucionalizados, a medida que se fue conformando como un espacio regular, las actividades que allí se realizaban y las áreas de acompañamiento psicológico y legal comenzaron a complejizarse. De acuerdo con Pía Ríos (Comunicación personal, diciembre de 2020),¹⁵ quien transitó el Taller durante su niñez, “el sapo” Schaposnik,¹⁶ referente clave del espacio, convocó a:

14 Bettina Priotti es militante por los derechos humanos y por los derechos de las mujeres. Luego de la desaparición forzada de su hermano, en 1976, colaboró en la conformación de la APDH y Familiares de La Plata.

15 Silvia María Pía Ríos Armelin es militante de H.I.J.O.S. La Plata. Sus padres Juana María Armelín y José Ignacio Ríos, militantes del PCML, fueron secuestrados en 1978 y trasladados al circuito ABO. Luego del secuestro, Pía y su hermano Camilo, fueron derivados al Instituto de Menores Mercedes de Lasala y Riglos, en la localidad bonaerense de Moreno, hasta que sus tíos maternos lograron asumir la tutela.

16 Ex militante político platense, detenido durante la dictadura en varios centros clandestinos de detención y posteriormente en la Unidad 9 de La Plata y en la cárcel de Devoto. Liberado en 1982, se incorporó al activismo en derechos humanos y fue uno de los impulsores centrales del Taller.

psicólogos, gente que tenía alguna cuestión de estudios y que podía también sistematizar las experiencias, tener algún relevamiento de datos donde puedas ir a mirar. Me parece fundamental porque si no existía el Taller no es que vos ibas a otro lugar y podías saber qué pasaba con los hijos de los desaparecidos.

Esta profesionalización no diluyó la esencia del Taller. Por el contrario, fue fundamental para consolidar su objetivo central: ser un lugar donde los niños pudieran recuperar su infancia a través del juego, la alegría y la construcción de lazos afectivos. Allí, los niños se encontraban con otros que compartían experiencias de pérdida, duelo y violencia, lo que les permitía romper el aislamiento y el silencio. Al mismo tiempo, la dimensión lúdica y afectiva era experimentada por sus protagonistas como una forma de resistencia al proyecto represivo de la dictadura, que buscaba desarticular los lazos sociales y familiares de quienes se oponían al régimen. Este enfoque revela que la respuesta social al terror tuvo una dimensión íntima y comunitaria, centrada en la confirmación de espacios de contención y afecto.

Entre sociabilidad y militancia: aprendizajes de la experiencia del Taller

El estudio de las experiencias vividas en el Taller de la Amistad permite observar que los niños no fueron exclusivamente receptores de las acciones de los adultos, sino que tuvieron un rol activo al construir y sostener un espacio propio. Este lugar se convirtió en una red de apoyo que los propios niños y adolescentes ayudaron a tejer.

La desaparición forzada de personas provocó en los familiares de las víctimas un impacto psicológico muy particular. Esto se vinculaba al desconocimiento acerca de lo que estaba sucediendo dado que el dispositivo desaparecedor constituyó una novedad represiva para la región. Como explica Elizabeth Jelin (2002) ante una experiencia traumática como la del terrorismo de Estado, las características que adquiere la represión provoca un fenómeno que escapa a los sistemas simbólicos disponibles en el lenguaje y que desarticula la memoria. Es decir que la desaparición de personas –en tanto experiencia límite– rompió los lazos sociales, culturales, políticos y familiares y quebró “el orden naturalizado del mundo habitual, los individuos (debieron) adaptarse a un contexto nuevo y redefinir su identidad y sus relaciones con los otros individuos y grupos” (Pollak, 2006, p. 11).

En el caso de los hijos de los desaparecidos, si bien se trata de actores que atravesaron experiencias heterogéneas que no pueden generalizarse, es posible reconocer ciertos rasgos comunes a partir de la diversidad de testimonios y de las investigaciones sobre las narrativas de esa generación (Basile, 2019; Gatti, 2008; Gelman y La Madrid, 2017; Paredero, 2007). Entre ellos, resulta frecuente la referencia al silencio y la autocensura que marcaron sus infancias, lo que evidencia un impacto psicológico profundo y duradero. Además, muchos de ellos crecieron en el contexto de la dictadura, en un clima social de represión, miedo y censura que no finalizó de inmediato con el retorno democrático.

En este contexto de dolor e incertidumbre vivido por los niños, el Taller se constituyó en un espacio de sociabilidad, donde los hijos de las víctimas de la represión pudieron encontrarse con otros que atravesaban experiencias semejantes. Ese ámbito les permitió recuperar instan-

cias de diálogo, forjar vínculos duraderos y avanzar en procesos de reconstrucción identitaria, gracias a que los adultos a cargo –muchos de ellos con trayectorias militantes– les brindaban información sobre sus padres que difícilmente podían obtener en su entorno más íntimo. En relación con lo anterior, resulta pertinente señalar que la configuración identitaria construida por los niños en el Taller no fue un proceso automático ni una consecuencia directa de la situación límite que atravesaron. Por el contrario, estuvo ligada a la conformación de una comunidad afectiva de memoria (Fried, 2016), en la que sus integrantes compartían una historia y referentes comunes de memoria, sustentados en experiencias emocionales tanto personales como colectivas.

Es decir, la memoria colectiva y los recuerdos compartidos que surgían de la interacción en ese espacio desempeñaron un papel central en la construcción identitaria (Halbwachs, 2004/1925). Esta identificación estaba vinculada a un trabajo de sociabilidad y a una identidad compartida desde lo afectivo, pero no respondía a un criterio estrictamente familístico (ser hijo de desaparecidos). De acuerdo con el relato de Camilo Ríos,¹⁷ quien recibió el acompañamiento del Taller, allí la unidad entre los niños no surgía, exclusivamente, de la desaparición forzada de sus padres, sino que entraba en juego una condición identitaria, cultural y experiencial que también se apoyaba en las experiencias de militancia que dichos adultos habían tenido. Camilo menciona que su vínculo con los hijos de los militantes partía de un registro familiar: “Nos decíamos primos”. En ese sentido, su paso por el Taller de la Amistad lo entiende en sintonía con dicha lógica, observando un “juego muy similar a la identidad de primos. Por razones políticas, nos juntaba una hermandad, una amistad. Entonces me pareció hasta acertado el nombre” (Mobili, 2018).

Esta concepción de la identidad a la que se refiere Camilo se evidencia al analizar los sentidos y prácticas que se construían durante los campamentos que el Taller de la Amistad realizaba anualmente. Los campamentos comenzaron en la etapa de la colonia y se mantuvieron a lo largo de todos los años de funcionamiento de la experiencia. Estas actividades fueron pensadas como instancias para recuperar las actividades infantiles, el juego y la diversión. En términos de sus organizadores, se trataba de momentos para “recuperar la infancia”, pero al mismo tiempo, se constituyeron también como espacios de sociabilidad entre los niños. La primera actividad de este tipo se realizó en el Parque Martín Rodríguez de Ensenada, en el verano de 1982. A partir de ese momento, año tras año, los talleristas tejieron redes de solidaridad para sostener una actividad que consideraban central para el vínculo entre los chicos. Estas salidas colectivas se valieron de donaciones de alimentos, gestionadas a través del MEDH o la Cruz Roja, y de medios de transporte y espacios de alojamiento cedidos por las redes de militantes vinculados a los organizadores del Taller.

En todos los testimonios recogidos para esta investigación aparecen recuerdos sobre los campamentos, lo que sugiere que constituyeron una actividad central del Taller de la Amistad. Para los organizadores, los campamentos reflejaban de manera orgánica los objetivos del

17 Camilo Ríos es militante de la agrupación H.I.J.O.S. La Plata. Sus padres Juana Armelín y José Ignacio Ríos, militantes del PCML, fueron secuestrados en 1978 y trasladados al circuito ABO.

proyecto: en tiempo y espacio lograban concentrar diversas actividades organizadas para los chicos con el objetivo de acompañar en los procesos de dolor que estaban atravesando. Los campamentos organizados por el Taller de la Amistad intensificaban las acciones que se construían regularmente en los encuentros de los sábados y permitían el intercambio de experiencias que fundaron un antes y un después en la vida de los sujetos. Al respecto, Juan Contrisciani,¹⁸ perteneciente al grupo de niños del Taller, indicó:

Siempre la diversión o el esparcimiento que teníamos estaba como muy entrelazado con la historia que teníamos cada uno. Entonces, sabíamos que tal o cual tenía el papá desaparecido, el papá y la mamá, que vivía con los abuelos, que le habían contado la historia completa, que no sabía bien su historia. Bueno, había de todo. Yo creo que, analizándolo un poco, digamos con todo este tiempo que pasó, a mí, personalmente, siento que me sirvió para identificarme, para conocer a fondo mi historia y la de otros como yo (Mobili, 2018).

Esa comunidad afectiva incluso superó en algunos momentos al propio espacio del Taller de La Plata para conectar vínculos con los talleres de Córdoba, Rosario, Santiago del Estero, Capital Federal¹⁹ y La Matanza. Por un lado, en esa construcción resultaron fundamentales algunas reuniones anuales que convocaban a organizadores, niños y jóvenes de los distintos talleres del país. En esos encuentros se definían estrategias pedagógicas, políticas de gestión y funcionamiento, y al mismo tiempo se generaban espacios de vinculación entre los actores que sostenían cada taller. Por otro lado, la red de conexión entre los talleres para hijos de víctimas de la represión alcanzó un momento clave para la sociabilidad en el campamento intertalleres del verano de 1988, considerado por sus protagonistas como un hito en la construcción de vínculos. Dicha actividad se realizó en Alta Gracia, provincia de Córdoba. Al respecto, Ernesto Mobili (Comunicación personal, diciembre de 2018) sostuvo:

Para mí, esa fue la semilla. Esto estalla, es alucinante. Ese encuentro fue muy hermoso porque era encontrarte con otros, pero no era un encuentro donde cada uno tenía la necesidad de contar lo que le había pasado y lo que había sufrido. Era un encuentro donde todo eso ya estaba armado. Entonces cuando vos decías algo, el otro ya sabía desde donde lo estabas diciendo, qué te estaba pasando, una comunicación muy de piel –con acento cordobés o santiagueño– pero hablabas y sabías por dónde pasaba lo que uno estaba diciendo.

18 Juan es hijo de Estela Barrufaldi y de Luis Contrisciani, militante del PRT-ERP, detenido-desaparecido en 1976. Forma parte de HIJOS-La Plata.

19 Específicamente, en el barrio de Floresta.

De manera complementaria a la sociabilidad construida en el Taller, ese recorrido colectivo fue también una semilla para el surgimiento de una nueva militancia juvenil. Hacia fines de la década de los ochenta, los niños y jóvenes que habían participado del Taller desde sus inicios canalizaron esas vivencias en una forma de acción política. Esto demuestra que la infancia no solo fue testigo de la historia, sino que fue un agente clave en la configuración de la política de derechos humanos en la posdictadura. En ese marco, los hijos de las víctimas de la represión ejercieron un rol activo en las diferentes actividades que se proponían en el Taller de la Amistad e, incluso, comenzaron a autogestionar acciones de trabajo sociocomunitario. Esta característica se hizo más fuerte en torno a 1988 ya que, a partir de ese momento, ellos llevaron adelante acciones autónomas y comenzaron a participar de actividades organizadas con la comunidad que vivía en las inmediaciones del espacio. Para ese momento, la mayoría de estos actores se encontraba transitando la adolescencia y, en general, comenzaban a indagar en su historia familiar, a verse interpelados por problemáticas propias de las juventudes y a interesarse en el activismo político. En esta etapa, los jóvenes adquirieron mayor autonomía para proponer y decidir sobre las actividades y discusiones que se generaban cada sábado. Esto se evidencia, por un lado, en prácticas internas del espacio, vinculadas a las problemáticas que los interpelaban en tanto adolescentes y, por otro lado, en acciones destinadas a la intervención social.

En ese marco, si bien la violencia de la represión estatal que había desestructurado a sus familias seguía siendo un tema doloroso y muy presente entre los jóvenes que asistían al Taller, la urgencia de las nuevas problemáticas del contexto y de las propias inquietudes de estos adolescentes transformaron algunas cuestiones de la lógica de trabajo del Taller. Frente a ese escenario que movilizaba a los hijos de represaliados, los organizadores del Taller generaron el espacio para que los encuentros de reflexión que se venían desarrollando desde hacía varios años, coordinados por profesionales ligados a la Psicología y al Trabajo Social, se concentraran en los intereses de los jóvenes:

cuando nosotros éramos adolescentes el tema de la represión policial era un tema que charlábamos, siempre tratando de ver qué hacíamos con eso, aunque sea poder charlarlo para no estar con esa angustia. Imaginate ver que ahora no son causas políticas, pero resulta que sigue pasando. A algunos les podía pegar muy mal eso, así que ahí había todo un trabajo de contención, “de acá estamos, no va a pasar nada, todavía estamos acá” (A. Schaposnik, comunicación personal, 2022).

Se trataba de momentos para continuar con las prácticas de contención emocional que habían caracterizado la dinámica del Taller desde sus inicios, pero la particularidad que sumaban estos nuevos encuentros se sostuvo en que eran los propios jóvenes los que planteaban las dinámicas y los contenidos que allí se discutían. Tal como sostiene Ana Schaposnik (Comunicación personal, 2022): “Había un acompañamiento, sabíamos que ellos estaban, se reunían, pensaban y planificaban cosas, pero después había mucha escucha de qué queríamos hacer, cómo lo queríamos hacer”.

Esa autogestión también se observa en acciones territoriales en las que se involucraron los jóvenes a partir del trabajo comunitario que se desarrolló en el espacio desde 1988. Si bien, desde un primer momento, el Taller había estado abierto para que asistieran niños que no eran hijos de víctimas del terrorismo de Estado –cuyas familias habían sido atravesadas por diversas experiencias de represión o bien estaban comprometidas con el activismo humanitario–, con el correr del tiempo, los organizadores profundizaron esos objetivos y apelaron a un trabajo de integración con chicos y familias de la comunidad que no hubiesen sido afectados directamente por la represión. En este marco, un primer paso para alcanzar estos objetivos se constituyó con la mudanza del Taller a la casa de la calle 69 del barrio El Mondongo. Allí alquilaron un chalet blanco de material, con techo a dos aguas y un jardín delantero. Si bien dicha mudanza se vinculó a las dificultades de sostener un alquiler en la zona en la que se ubicaba la casa anterior (calle 59), sobre todo teniendo en cuenta el panorama económico de los años 1987-1988 y la reducción de apoyo internacional,²⁰ el cambio de locación fue aprovechado como una instancia para generar canales colectivos de diálogo y espacios colaborativos para la integración de los niños y jóvenes del Taller a la comunidad.²¹ Allí se apeló a la consolidación del Taller de la Amistad como un proyecto barrial que atendiera a otras infancias golpeadas por los efectos de la situación socioeconómica que transitaba el país. Para lograrlo, los organizadores del espacio recurrieron a la misma herramienta que se había utilizado durante varios años con los hijos de las víctimas de la represión: el taller como instrumento de apoyo integral a las infancias. A partir de ese momento, las dinámicas y actividades del espacio se utilizaron con una nueva población de niños, impulsando la construcción de vínculos colectivos con la comunidad.

En el proyecto de financiación presentado en 1987 para solicitar fondos al MEDH se refleja la búsqueda de inserción barrial por parte de los organizadores del Taller de la Amistad (Documento interno del Taller de la Amistad, 1988). El documento incluye una evaluación de los objetivos alcanzados desde el inicio del espacio y la propuesta de nuevos proyectos para 1988. Estos últimos apuntaban a superar fronteras sociales y de pertenencia, buscando involucrar a otros sujetos igualmente afectados por las consecuencias del terrorismo de Estado. En este marco, ya se anticipaba la intención de trasladar el Taller a algún barrio de La Plata con el objetivo de “estrechar la relación Taller-comunidad [...] más allá de las 50 familias, en total 182 personas (71 adultos y 111 niños y adolescentes) afectados directos por la represión” y de “desarrollar actividades ligadas y en conjunto con otras organizaciones sociales” (Documento interno del Taller de la Amistad, 1988).

20 Con el retorno a la democracia disminuyeron los fondos de ayuda internacional que habían sido muy activos en el contexto dictatorial.

21 Asimismo, la mudanza a un barrio periférico de La Plata permitiría trabajar con una nueva población de niños con quienes desarrollar actividades a largo plazo. Este punto es central dado que, si bien la participación de los talleristas era *ad honorem*, en muchos casos, el Taller era un espacio de desarrollo profesional.

Tres años después, esta intención se concretó: en 1991 los organizadores del Taller compraron un terreno en Villa Progreso, localidad de Berisso. Esto implicó una nueva mudanza del espacio y la instalación permanente del Taller como propuesta de trabajo territorial. El terreno en cuestión era un cuarto de manzana en la calle 124, entre 79 y 80. Allí se colocaron casillas prefabricadas y se comenzó a trabajar con una orientación preferentemente barrial. Para ello, se gestó un vínculo con el Centro de Salud Ramón Carrillo. La unidad sanitaria, bajo la coordinación de Antonio Vázquez, contaba con un enfoque de trabajo social y, a partir de la llegada del Taller al barrio, comenzaron a trabajar de manera conjunta. La dinámica continuó concentrándose los sábados, sumando algunas actividades –como los grupos de apoyo escolar– durante la semana.

En general, los hijos de represaliados que participaban del Taller de la Amistad se encargaban de realizar talleres de apoyo escolar y de recibir a los chicos del barrio que se acercaban al espacio para tomar la merienda o de organizar los festejos de cumpleaños. También viajaron como talleristas a los campamentos que se realizaron a la costa bonaerense e intervinieron en el asesoramiento a las familias del barrio en temas de salud y documentación. En la entrevista realizada a Clarisa Moura (Comunicación personal, octubre de 2018), ella mencionó que los aportes más significativos del Taller fueron aquellos momentos de “laburo con la gente” que se produjeron durante su adolescencia y principios de la facultad:

Fue el momento más clarificador, como que aterrizó muchas cosas. Cosas muy duras que también lo hicieron difícil. El tema de salir de tu realidad y entrar en una realidad con muchísimas más carencias y mucho más compleja [...]. Trabajar de una manera más horizontal [...], no venimos ni a pedirles ni a prometerles tampoco gran cosa, más bien era un espacio donde ellos pudieran hacer los deberes o jugar o tomar la leche, o que las mamás pudieran venir a hablar... Un poco también era la necesidad, muchos tenían estas ganas de volver a levantar las banderas de sus viejos [...], un poco volver a levantarlas significaba eso: meterte al barrio a laburar porque lo que había hecho tu vieja, tu viejo era eso. La militancia era esa.

De acuerdo con Laura Tafettani, joven abogada que se sumó a colaborar con el espacio:

Berisso fue una experiencia muy rica porque también tenía otra parte del universo, porque era un trabajo, en realidad, no era con hijos de desaparecidos. Era de hijos, algunos hijos de familias que tenían que ver con el tema de desaparecidos, pero no necesariamente. Y era muy fresca. Era una experiencia muy bella. La verdad que la disfrutábamos. Cada vez que uníamos Taller del Sol con Taller de la Amistad o hacíamos cosas juntos era con admiración. Con mucha admiración [...]. Era muy lindo ver plasmado, utilizar casi una misma herramienta con otra población con otra cuestión. Pero siempre era esta cosa comunitaria. Siempre la idea de comunidad (Mobili, 2018).

Es importante destacar que en los años ochenta, más precisamente en la posdictadura, se habían multiplicado las formas de militancia juvenil a partir de la participación de las juventudes en una variedad de causas que excedieron el ámbito estudiantil o partidario. De acuerdo con Vommaro y Cozachcow (2018), desde los primeros años ochenta la juventud se involucró en el movimiento del rock nacional, como espacio político; en las experiencias de organización barrial; y en el movimiento por los derechos humanos. De esta manera, hacia fines de la década, ya estaba instalada cierta matriz que delimitaba la inserción militante de los adolescentes, siendo esta una de las formas de militancia juvenil disponibles, lo que permite contextualizar las acciones y posiciones asumidas por los jóvenes del Taller.

Ahora bien, más allá de la presencia del “*ethos* militante” que caracterizó a las juventudes políticas de los años ochenta (Vommaro y Cozachcow, 2018), hay algo propio de la propuesta organizativa del Taller de la Amistad que no puede ignorarse: la convivencia que allí se producía entre estos jóvenes y los compañeros de militancia de sus padres –sobrevivientes del terror estatal– acompañó ese proceso de politización de los adolescentes. De acuerdo con Alonso (2022), en los casos de hijos que comenzaron a identificarse con un potencial movilizador desde sus infancias, fue central su socialización primaria en procesos concretos:

en los cuales participaron no solo los integrantes de organismos de derechos humanos, sino muy especialmente compañeros de militancia setentista de sus progenitores. En este sentido, los espacios educativos y de atención psicológica, los homenajes a los caídos, los grupos políticos y hasta los mismos lazos de parentesco o afinidad funcionaron como espacios de activación (p. 215).

Puntualmente, en el caso del Taller, si bien gran parte de los entrevistados insistieron en que allí no se producía una “bajada de línea” partidaria, es posible asumir que el espacio constituía en sí mismo un proyecto político:

eran los hijos de nuestros compañeros [...]. Los que llevábamos adelante el Taller estábamos haciendo algo, honrando a nuestros compañeros con lo más querido, que eran sus hijos, y demostrando que no era cierto que nosotros habíamos abrazado la lucha postergando a nuestros hijos. En todo caso era otra la lógica de aquel momento (P. Díez, comunicación personal, 2019).

Al respecto, Bettina Priotti (Comunicación personal, 2021) sostuvo que parte de los objetivos del Taller se vinculaban a:

construir una memoria colectiva porque cada uno contaba su experiencia cuando quería, no era que hablábamos de desaparecidos, hablábamos de las cosas bellas que tiene la vida, hacíamos apoyo escolar a los que necesitaban, les conseguíamos recursos a familias que no tenían, investigábamos.

Si bien las problemáticas propias del nuevo escenario democrático –específicamente la violencia policial y el impacto social de la situación económica– incidieron en las acciones que llevaron adelante los hijos de las víctimas de la represión, considero que en ellas también influyeron principios organizativos y políticos de la generación de militantes que había sostenido la experiencia del Taller. Sobre este punto Charly Ríos (Comunicación personal, mayo de 2021), quien asistió al espacio en su adolescencia, indicó que el Taller no constituía

una cuestión de formación política, no existía eso, ni siquiera era la intención de ellos, pero la contención también se hace con información, con resolver ciertas incógnitas que te quedan de cosas que pasaron que los tipos las vivieron [...]. Imagínate en la época del Taller, donde tu vieja, tu abuela o con quien carajo hayas quedado [te decían] “no hables de esto, no hables de nada”. Peor cosa que vos le podés decir a un nene o un adolescente es “no hables de esto”, entonces no teníamos lugar. Y en el Taller la verdad que una contención bárbara. Para mí, ellos se manejaban como militantes, los talleristas.

Fue en ese contexto de contención, y de acceso a un discurso que rompía el silencio, donde los hijos de los represaliados lograron reconstruir la identidad política de sus padres y comprender la violencia del terrorismo de Estado en una lógica más compleja: los jóvenes lograron repensar versiones familiares y recuerdos personales que portaban de manera fragmentada. Susana Kaufmann (2006), en su estudio sobre el impacto de la desaparición forzada de personas en los procesos de transmisión familiar de la memoria, indica que el interés curioso de los jóvenes sobre las narrativas del pasado impacta en la manera que las nuevas generaciones construyen el imaginario de esa época, pero también en la constitución de “figuras de identificación que configura parte de las tensiones entre lo legado y lo que se apropia y reinterpreta en el mundo de representaciones subjetivas” (p. 49). En relación con ello, en varios testimonios estuvo presente que la inserción política de los jóvenes se apoyó en el descubrimiento de la experiencia política de sus padres. Charly Ríos (Comunicación personal, mayo de 2021) indicó que, cuando se enteró de la pertenencia política de su padre desaparecido, rápidamente decidió sumarse a la militancia partidaria: “Entonces yo ¿qué hago inmediatamente?, me hago del Partido Comunista. No la pensé dos veces”. Más adelante agregó:

El “sapo” me lo dijo, el compromiso que tenía con la historia, con sus compañeros. No se hablaba mucho del tema de nuestros viejos, eso más que nada. Yo insistía mucho con ese tema porque necesitaba saber más de las organizaciones, quería refundar el partido en ese momento, no sé qué locura. Y el lugar que me contenía era ese.

De esta manera, en el contexto de conformación de los nuevos movimientos sociales, la contención que se buscaba construir en el Taller de la Amistad constituía en sí misma una acción política. Si bien no había un contenido partidario, sí se producía una transmisión de memorias que, en las disputas por los sentidos del pasado (Halbwachs, 2011/1950), también puede

pensarse como un gesto político. A partir de ese recorrido, el espacio institucional del Taller y las redes sociales que allí se generaban ofrecieron a muchos jóvenes el impulso organizativo para forjar y sostener progresivamente procesos de autogestión. Al asumir la conducción del Taller, comenzaron a definir su identidad no solo en relación con el pasado de sus padres, sino también como una generación con voz propia y con formas singulares de acción política.

Infancia, memoria y agencia: reflexiones finales

El Taller de la Amistad constituyó un espacio fundamental para los hijos de víctimas del terrorismo de Estado, combinando contención afectiva, sociabilidad y aprendizajes políticos. A través de la dinámica lúdica, los niños recuperaron instancias de juego y disfrute, fundamentales para reconstruir su infancia interrumpida por la represión. La interacción con otros niños en situaciones similares permitió la formación de vínculos afectivos duraderos y la construcción de una identidad colectiva basada en la memoria compartida.

El Taller también funcionó como un ámbito de agencia infantil y juvenil, en el que los participantes pudieron expresar sus emociones, reflexionar sobre sus experiencias y autogestionar actividades tanto dentro del espacio como en el territorio. Estas prácticas contribuyeron a resignificar el dolor, fortalecer lazos comunitarios y a vincular a los jóvenes con un *ethos* de militancia y compromiso social.

Asimismo, la experiencia evidencia que la construcción de la memoria no se limitó al ámbito público, sino que se sostuvo en espacios íntimos y afectivos, donde los afectos, el acompañamiento y la confianza jugaron un papel central. Finalmente, la trayectoria del Taller demuestra que los hijos de represaliados no fueron solo víctimas de la represión, sino también sujetos activos que, desde su infancia y adolescencia, participaron en la configuración de una sociabilidad política, emocional y sociocomunitaria.

Referencias

- Alonso, L. (2016). ¿Por qué seguir reflexionando a 20 años de H.I.J.O.S.? *Cuadernos de Aletheia*, (2), 2-7. <https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/library?a=d&c=arti&d=Jpr8475>
- Alonso, L. (2022). "Qué digan dónde están". *Una historia de los derechos humanos en Argentina*. Prometeo Libros.
- Basile, T. (2019). *Infancias. La narrativa argentina de HIJOS*. Edivim.
- de Bonafini, H. (2022). *Madres de Plaza de Mayo: filial La Plata*. [Me.Ve.Ju.](https://www.meveju.org/)
- Documento interno del Taller de la Amistad. (1986). Archivo Memoria Abierta.
- Documento interno del Taller de la Amistad. (1988). Archivo Memoria Abierta.
- Franco, M. (2015). La "transición a la democracia" en la Argentina frente a las cristalizaciones de la memoria. *Caravelle*, (104), 115-131. <https://doi.org/10.4000/caravelle.1602>
- Fried, G. (2016). Trauma social, memoria colectiva y paradojas de las políticas de Olvido en el Uruguay tras el terror de Estado (1973-1985): memoria generacional de la postdictadura (1985-2015). *ILCEA*, (26), 1-23. <https://doi.org/10.4000/ilcea.3938>

- Gatti, G. (2008). *El detenido-desaparecido. Narrativas posibles para una catástrofe de la identidad*. Ediciones Trilce.
- Gelman, J. y La Madrid, M. (2017). *Ni el flaco perdón de dios. Hijos de desaparecidos*. Planeta.
- Halbwachs, M. (2004/1925). *Los marcos sociales de la memoria*. Anthropos Editorial
- Halbwachs, M. (2011/1950). *La memoria colectiva*. Miño y Dávila.
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Siglo XXI de España.
- Kaufman, S. (2006). Lo legado y lo propio. Lazos familiares y transmisión de memorias. En Elizabeth Jelin y Susana Kaufman (Eds.), *Subjetividad y figuras de la memoria* (pp. 47-71). Siglo XXI.
- Laino Sanchis, F. (2023). Abuelas, nietos/as e H.I.J.O.S. frente a la impunidad: activismos transgeneracionales por el derecho a la identidad (1990-2004). *Sociohistórica*, (51), e184. <http://dx.doi.org/10.24215/18521606e184>
- Llobet, V. (2016). "Eso era lo normal". Ser niño en la dictadura: un debate sobre la subjetividad y la política. *Entramados y Perspectivas. Revista de la Carrera de Sociología*, 6(6), 90-119. <https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/entramadosyperspectivas/article/view/1655>
- Mobili, E. (Director) (2018). *Infancias y resistencias en tiempos de dictadura* [Documental corto]. Diálogos Colectivos.
- Oviedo, S. y Solis, A. (2006). *Violencia institucionalizada y formas de resistencia social: Los organismos de Derechos Humanos en Córdoba durante la dictadura* [Trabajo Final de Licenciatura]. Universidad Nacional de Córdoba.
- Paredero, H. (2007). *¿Cómo es un recuerdo? La dictadura contada por los chicos que la vivieron*. Del Zorzal.
- Pollak, M. (2006). *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. Ediciones Al Margen.
- Pighin, D. (2025). El Taller de la Amistad: un proyecto de la militancia político-humanitaria planteado para hijas e hijos de víctimas del terrorismo de Estado. *Aletheia*, 16(30), e215. <http://dx.doi.org/10.24215/18533701e215>
- Puttini, M. (2020). *Hijos e hijas por la identidad y la justicia contra el olvido y el silencio, regional Córdoba. Resignificación de las demandas de memoria, verdad y justicia durante la segunda mitad de la década del 90'* [Trabajo Final de Licenciatura en Historia]. Universidad Nacional de Córdoba.
- Schindel, E. (2005). El sesgo generacional del terrorismo de Estado: niños y jóvenes bajo la dictadura argentina (1976-1983). En Barbara Potthast y Sandra Carreras (Eds.), *Entre la familia, la sociedad y el Estado. Niños y jóvenes en América Latina (siglos XIX-XX)* (pp. 255-287). Iberoamericana-Vervuert.
- Villalta, C. (2012). *Entregas y secuestros, el rol del Estado en la apropiación de niños*. Editorial del Puerto.

Vommaro, P. y Cozachcow, A. (2018). Militancias juveniles en los 80: Acercamientos a las formas de participación juveniles en la transición democrática argentina. *Trabajo y Sociedad*, (30), 285-306. <https://www.unse.edu.ar/trabajosociedad/30%20VOMMARO%20COZACHCOW%20militancias%20juveniles%20REV.pdf>